

Entre esos Finlandeses, los Sams ó Lapones ocupan un lugar completamente especial por efecto de las condiciones geográficas á que han sido sometidos, después del empuje hacia el Norte que han sufrido por los dos lados del golfo de Botnia, en Finlandia y en Suecia; en las comarcas en que la agricultura sólo es posible en escasos sitios bien abrigados, el hombre no tiene más recurso que el pescado y la sangre, la carne ó la leche de los renos: se ve, pues, forzado á la vida nómada, con tanto más motivo que el líquen, principal alimento de su animal doméstico, no rebrota bien sino una decena de años después de haber sido ramoneado. En los distritos del interior, donde las familias carecen del alimento suficiente que suministra el mar, y donde el suelo no puede cultivarse, la alimentación habitual durante el invierno se compone de una hierba amarga, de musgo y de cortezas de árboles; á veces se añade una tierra farinácea formada en gran parte de laminillas de mica¹. Según Düben, la lengua de los Lapones contiene 41 palabras para designar nieve, 20 para el hielo y 26 para el hielo y el deshielo². Comer, vivir, tal debía ser la única preocupación de esos hombres del Norte, y los espacios desiertos eran demasiado extensos en su rededor, los mares demasiado solitarios y demasiado helados para que pudiesen recurrir al pillaje, como los normandos, sus vecinos del Sud.

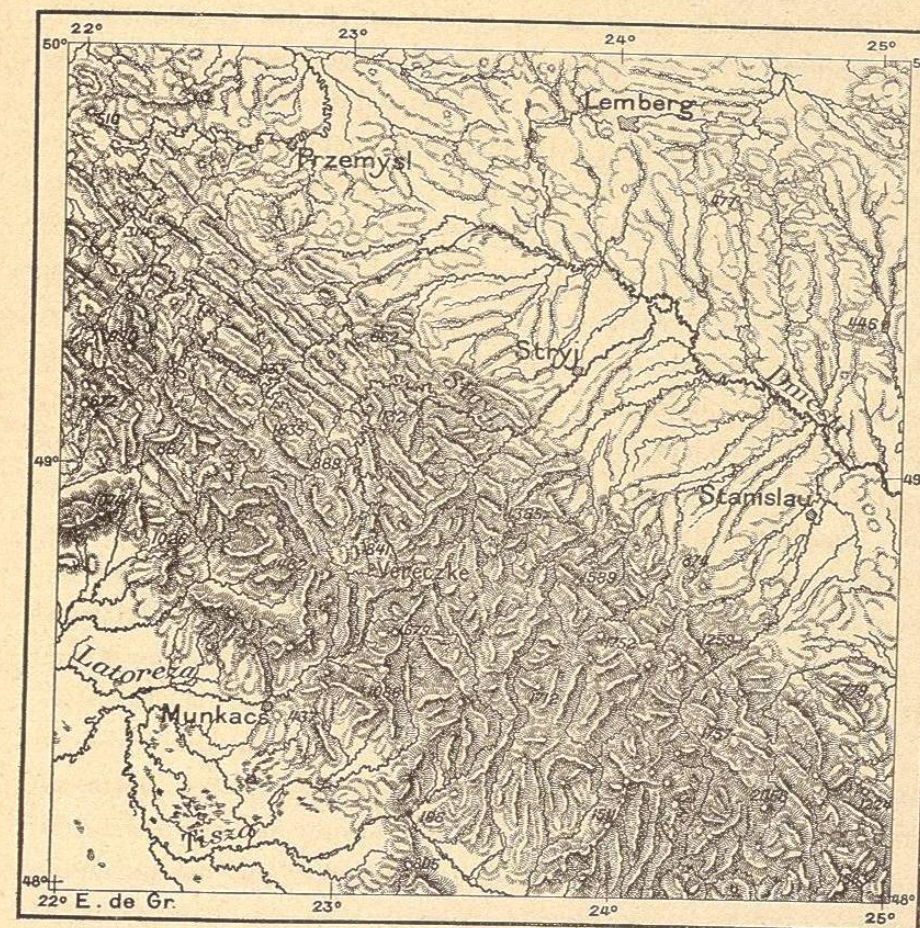
Muchas tribus llamadas actualmente «alófilas» á causa de su evidente diversidad de origen, comparadas con los Eslavos de Rusia, los Bachkir, los Ostiak y los Vogoul, los Mordvin, Tcheremiss y Tchouvack, Sirian, Votiak y otros, tenían muy poca cohesión étnica, y su estado semi-nómada daba á sus territorios contornos demasiado flotantes para que pudiesen constituir nacionalidades conscientes en la historia europea; pero aquellas tribus que se establecieron en las costas del Báltico, Ehstes y Lives, Karelianos y Finlandeses pudieron al menos fundarse una patria bien determinada. Ya con el nombre de Biarmianos, cuando situados más al Oriente, habitaban la Biarmia ó comarca de Perm, esos Finlandeses habían adquirido gran importancia como intermediarios de comercio entre Europa y Asia, y la aumentaron llegando á las costas de un mar que les ponía en

¹ C. Schmidt, *Bull. de l'Acad. des Sciences de Pétersbourg*, vol. XVI, 1871.

² Gust. von Düben, *Lappland och Lapparne*.

comunicación aunque indirectamente con los países de la Europa occidental. Hasta habían penetrado en Escandinavia, donde se hallaron en contacto con los Normandos, pero carecían de fuerza para luchar con tales enemigos, y éstos les rechazaron fuera de la península al

N.º 306. Puerta de los Magyares



1 : 2 000 000

0 25 50 100 Kil.

«Pais de los Pantanos», el Fenn-land, cuyo nombre llevan todavía. Una de sus tribus, la de los Qväner, establecida sobre la orilla oriental del golfo de Botnia, debió á su denominación, que tiene el sentido de «Mujeres» en sueco, pasar por una nación de Amazonas, y, como tal, su fama fué llevada al cabo del Mundo Antiguo por los

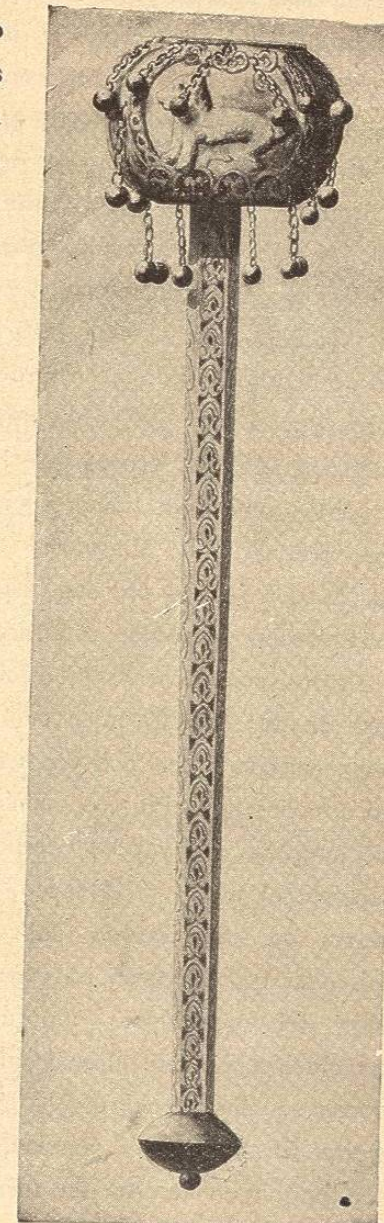
navegantes árabes. En cuanto á los Finlandeses, el hecho mismo de su diferencia de rostro, de lenguaje y de costumbres con los Eslavos, los Escandinavos y los Germanos bastaba para que se viese en ellos terribles brujos.

En el centro de Europa, los Ugrios y los Turcos, siguiendo la huella de los Godos, avanzaron más que los Finlandeses en la dirección del Oeste, acabando por ocupar casi por completo el inmenso anfiteatro de los Cárpatos, que en otro tiempo llenaba el mar interior formado por el confluente del Danubio y del Tisza. Allí se habían acantonado, gracias á la llanura del Alföld, que les recordaba los «mares de hierbas» de Mongolia, y que rodean montes ondulados y nevados como el Sayan y el Altai. Los Hunos hicieron de él el centro de sus expediciones de rapiña; los Avars poseyeron también, entre el Danubio y el Tisza, la ciudadela circular de séptuplo recinto amurallado, en la que habían acumulado todo el botín de durante tres siglos de saqueo á través del mundo griego y romano. Después de haber sido rechazados por completo los Avars, que hasta pierden su nombre para refundirse con Eslavos ó Búlgaros, otros pueblos, venidos primitivamente de Asia, penetran también en la gran llanura de entre-Cárpatos; son los Magyares, que siguen á los Petchenegues, después á los Kumanes, los Palocres, los Jazyges, y que se entremezclan con todos ellos lo mismo que con los Khazar, los Avars y los Eslavos que hallan en la comarca.

Los Magyares recuerdan el pasaje de los Cárpatos por donde entraron en la llanura que ocupaban hacía más de diez siglos. Al nordeste de la gran curva de los montes, allí donde el valle del Stryi, afluente del Dniestr, se aproxima al Latoreza, uno de los ramales superiores del Tisza, se abre el collado de Vereczke, cuya arista más alta, dominada por cumbres que la exceden en 300 metros de elevación, alcanza la altura de 841 metros, y su escaló es fácil. Tal fué la puerta de entrada, «el camino de los Magyares», como le denomina todavía la población de las inmediaciones. Allí fué donde el pueblo húngaro, perseguido por los Petchenegues, y con la complicidad de Arnulf de Carinthia, vencedor de los Normandos, construyó sus principales trincheras de defensa: la ciudad de Munkacs, que guarda los desfiladeros del lado del Sud, hubo de velar como cen-

tinela hasta el siglo próximo pasado para impedir el paso á los ejércitos enemigos, alemanes, eslavos y ugrios, por la misma abertura; pero muchos refugiados, y entre ellos esos mismos Petchenegues que perseguían á los Magyares en 898, se presentaron allí á pedir buena acogida á los Húngaros, en lo sucesivo dueños incontestados de la gran llanura.

Siendo todavía paganos á su llegada al país conquistado bajo el mando de Arpad, los Húngaros se lanzaron contra el mundo cristiano con el mismo furor que sus antepasados los Hunos y los Avars: atravesaron como destructores toda la Alemania del Sud y penetraron por un lado hasta Italia y por otro hasta Francia; pero habiendo sido rota su fuerza por los emperadores de Alemania en dos grandes encuentros, se vieron obligados á encerrarse en su extenso circo de montañas y adoptar la religión de los pueblos occidentales; en 1001, un siglo después de la invasión, su rey recibió de la propia mano del papa la corona que desde aquella época conserva el nombre de «San Esteban». Los Húngaros, batalladores siempre, volvieron desde entonces sus instintos de lucha contra los pueblos orientales que permanecían paganos ó se habían convertido al Islam. Convirtiéronse, pues, por el lado de Oriente, en los campeones avanzados de la Europa cristiana: no les convenía en modo alguno la vida del labrador pacífico. Los Húngaros permanecieron semi-nómadas durante siglos, yendo de un



Según G. Bock.
CETRO DE LOS REYES DE HUNGRÍA

campo á otro después del agotamiento del suelo, dispuestos á dirigirse á comarcas lejanas para el saqueo y la conquista. La nación se consideraba como un ejército en marcha, bajo el mando, no de un «rey de Hungría», sino de un «rey de los Húngaros».

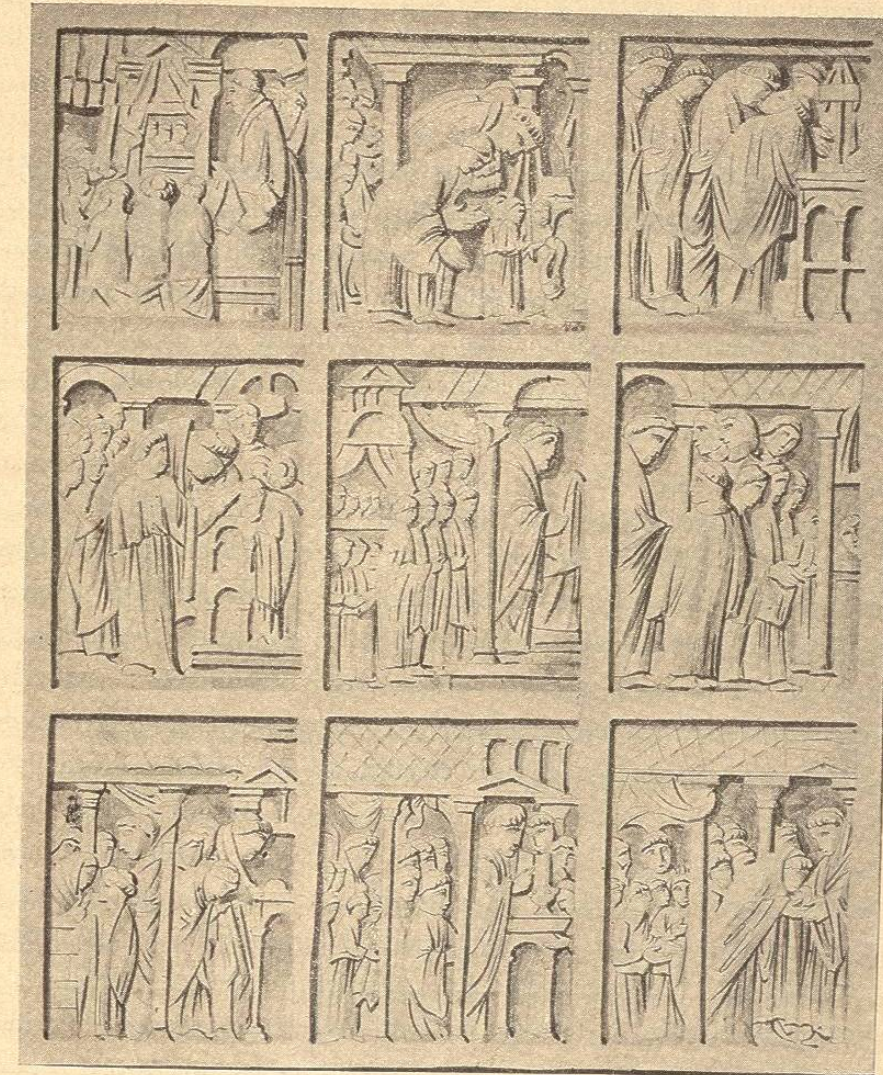
Por lo demás, es cierto que la palabra *ország*, tomada ahora en el sentido de «país»¹, se deriva del término *úrság*, que significa «séquito» ó «cortejo». La expresión empleada por los compañeros del jefe de guerra acabó por ser aplicada al lugar de residencia convertido en permanente².

Guiados por su viva imaginación, los Húngaros hacen remontar su genealogía hasta el rey de los Hunos, el formidable Atila; sin embargo, es muy probable que, entre sus antepasados, tengan mayor participación los Avars que los Hunos, puesto que los primeros les precedieron inmediatamente en la gran llanura donde residieron mucho más tiempo. Los Magyares son evidentemente un pueblo muy mezclado, y, á juzgar por sus rasgos y su fisonomía, sólo de una manera excepcional presentan reminiscencias mongoloides: se ven entre ellos los tipos más diversos, ofreciendo, no obstante, el parecido común que da un aspecto muy suelto, muy desprendido y frecuentemente muy caballeresco. La lengua atestigua también el remolino caótico en que se han unido los elementos constituyentes de la nación actual. El lenguaje magyar se compone esencialmente de dos idiomas principales, el ugro y el turco, pero en una combinación tal, que el ugro ha suministrado sobre todo la construcción de las frases, mientras que el turco ha participado en mayor parte en la constitución del vocabulario, aunque quizá no sea lícito sacar de ello la conclusión de que el magyar sea por eso mismo una lengua ugría como se clasifica el inglés, á causa de su sintaxis, entre los idiomas germánicos. La ley general, según la cual la gramática se transmite de lengua en lengua en forma de una herencia intacta, y esa otra ley que atribuye al lenguaje más antiguo los términos relativos á las cosas de la vida primitiva, no tienen un valor absoluto. Así, en el magyar, la gramática presenta formas turcas al lado de las formas ugrías más numerosas, y, por otra parte, hay términos esenciales

¹ *Magyar ország*, «país de los Húngaros» ó «Hungría».

² Bernhard Munkaczi, *Ethnographia*; Karl Taganyi, *Ungarische Revue*, 1895, I, II, p. 126.

de origen ugro que se colocan al lado de los vocablos turcos. Las palabras que designan el ojo, la boca, la oreja, la lengua, el diente, el paladar, la mano, el corazón, la sangre, la médula, son



SACRAMENTARIO DE DROGÓN, HERMANO DE CARLOMAGNO (DE MARFIL)

ugrias, en tanto que las relativas al brazo, á la rodilla, á la espalda, al vientre, á la nariz, al cuello, al ombligo, á la barba y al bigote son de origen turco. ¿Se deduciría de esto que los Magyares de descendencia ugría y los de procedencia turca habían